

# LA IMAGEN DE PARÍS EN LOS ESCRITORES ESPAÑOLES DE COMIENZOS DEL SIGLO XX

DENISE FISCHER HUBERT

*Universidad Rovira i Virgili (Tarragona)*

## RESUMEN

París, a principios del siglo XX, encarna, para los españoles, el arte, la intelectualidad, la libertad de pensamiento y también la frivolidad. Allí se fraguan todas las corrientes literarias modernas. París es, entonces, una ciudad abierta, con un poder de atracción irresistible, con la que sueña todo intelectual español. Primero se fantasea con ella, a través de lecturas; luego al vivir en ella, se comprueba si la realidad corresponde a los sueños, si los tópicos se justifican o no. Para algunos, la comparación con Madrid es a favor de París; para otros -pocos, presos de nostalgia- París no es más que una tierra de exilio. Pero como ciudad cosmopolita, París ha podido ofrecer a cada escritor español lo que iba buscando: la alegría de vivir de *La Belle Époque* y de *Les Années Folles*, modelos literarios, un aprendizaje fructífero y una apertura hacia el mundo exterior.

**Palabras clave:** París-principios de siglo, tópicos, París-Madrid, París-escritores españoles, París-su aportación.

## RÉSUMÉ

Paris, au début du XX<sup>e</sup> siècle, incarne, pour les Espagnols, l'art, l'intellectualité, la liberté de pensée et aussi la frivolité. Là se forment tous les courants littéraires modernes. Paris est, à cette époque, une ville ouverte, douée d'un pouvoir d'attraction irrésistible, dont rêve tout intellectuel espagnol. Tout d'abord on fantasme, à travers les lectures, puis, en y habitant, on vérifie si la réalité correspond aux rêves, si les clichés se justifient ou non. Pour certains, la comparaison avec Madrid avantage de beaucoup Paris, pour d'autres -peu nombreux, sous l'emprise de la nostalgie- Paris n'est qu'une terre d'exil. Mais, ville cosmopolite, Paris a pu offrir à chaque écrivain espagnol ce qu'il y cherchait: la joie de vivre de la *Belle Époque* et des *Années Folles*, des modèles littéraires, un apprentissage et une ouverture sur le monde extérieur.

**Mots-clés:** Paris-début XX<sup>e</sup> siècle, clichés, Paris-Madrid, Paris-écrivains espagnols, Paris-son apport.

## ABSTRACT

In the early XXth century, Paris symbolises, for the Spanish people, art, intellectuality, free thinking and frivolousness too. There, all modern literary currents are created. Paris is, at that time, an open city with an irresistible attraction, of which all the Spanish intellectuals dream. First, they fantasize about it through reading, then, by living there, they are able to see if the reality lives up to their dreams, if the clichés are justified or not. For some, in a comparison with Madrid, Paris comes out better, for others -a few who fell homesick- Paris is only a land of exile. But, as a cosmopolitan city, Paris has been able to offer to each Spanish writer what he was looking for: enjoyment of life of the *Belle Epoque* and *Années Folles*, literary patterns, a fruitful apprenticeship and an opening to outside world.

**Keywords:** Paris-early XXth century, clichés, Paris-Spanish writers, Paris-Madrid, Paris-contribution.

A finales del siglo XIX y a principios de éste, París es la ciudad con la que sueñan todos los intelectuales y que atrae irresistiblemente a los artistas y escritores. ¿Qué representa París para ellos y cómo se refleja en sus escritos? ¿Corresponde la realidad vivida allí a los sueños y a las ideas preconcebidas?

Los tópicos no son una exclusividad de los españoles, la visión que tienen entonces de España los franceses es una imagen distorsionada de la que se burlan y se quejan los españoles que viven en París. Los lugares comunes más frecuentes que corren en Francia sobre España se ven alimentados por los relatos de viajeros y las obras de Théophile Gautier, Alexandre Dumas, Victor Hugo o Mérimée: caballescicos bandidos, orgullosos mendigos, toreros vestidos de seda y oro, andaluzas morenas y embrujadoras, serenadas, castañuelas... Una España pintoresca, simplista, imagen de la que dice Gascó Contell: “je crains fort qu’elle n’existe que dans cette littérature un peu fantaisiste et un peu moisie.” (1945: 25)

Zamacois apunta los mismos tópicos: “Desde el éxito de Bizet, Iberia es para las francesas la pasión, el folletín, el rapto, la muerte ” (1969: 99). La palabra *España* evoca enseguida en la mente de los franceses a *Carmen* con su navaja en la liga. Los mismos españoles, a veces, para burlarse de la visión simplona de los franceses, acentúan aun más las ideas preconcebidas dándoles un toque de ridiculez, como ocurre con esta señora que le pregunta al protagonista de una Novela Corta:

-¿Es verdad como he visto en algun cuadro de un pintor de cosas de su país, que los caballos de los picadores son verdes?

-Según, según y conforme, señora. En las corridas de toro, sí; pero en las novilladas suelen ser de colores más pálidos.

-¿Y el toro los mata?

-Con frecuencia, madame.

-¡Oh, qué horror! ¡Bello país el suyo!

-Mi país, madame, está siempre ebrio de sol, de luz, de alegría. No lo podemos remediar. Pero en las plazas de toros han puesto ahora biombos, por orden del Gobierno, para que el público no presencie la agonía de los pobres animales. Lo malo es que mis compatriotas se sienten más o menos toreadores, y hasta en el Congreso, en la Cámara de los Diputados, sube el Presidente y los maceros al son de un pasodoble flamenco. Lo da aquella tierra, siempre perfumada a azahares. (Ramírez Angel, 1923: s.p.)

Se encuentran aquí reunidos todos los lugares comunes simplificados hasta el extremo. Pasión, fogosidad, voluptuosidad, sangre, son evidentemente caricaturas grotescas de España que exasperan a más de un español establecido en París, como Vinardell Roig que intenta restablecer una imagen más exacta del pueblo español: “Cuando aquí un periódico publica en capitales gordas *Cosas de España*, esto significa que el tal periódico va a desbarar de lo lindo, haciendo comulgar a sus suscriptores con ruedas de molino y dándoles como pasto de lectura las cosas más estupendas y despampanantes. A mí me han preguntado cien veces en París si conservaba todavía los trastos de matar. Aquí ser español es sinónimo de *toreador* (estilo francés). Y no hay quien les haga apear de su burro” (1902: 84).

Por su lado, los españoles también se han formado ideas fijas sobre lo que es Francia y el francés “*toujours à courir après les midinettes et à soigner une barbe, bouc ou barbiche qui représente un chef d’oeuvre de jardinage capillaire*” (Gascó Contell, 1945: 28).

Blasco Ibáñez cita también algunas ideas preconcebidas y falsas, elaboradas desde hace tiempo y que sirven a la gente que no tienen tiempo ni ganas de pensar por sí misma, para imaginar a los pueblos extranjeros: “*Pour le vulgaire, un Français est un être qui manque de sérieux et qui parle beaucoup pour ne rien dire, qui emploie la blague à tout instant comme si le monde avait été créé uniquement pour le divertir. Et quant à la Française, il la voit toujours une jambe en l’air, dansant un quadrille excentrique, une coupe de champagne à la main*” (Blasco Ibáñez, s.a.: VI, VII).

Éste es el típico cliché que encontramos por ejemplo en los autores de novelas cortas de comienzos del siglo XX: un París frívolo que no piensa más que en satisfacer sus placeres, repleto de mujeres indulgentes y complacientes, un París cómplice de amoríos fáciles. Una de las explicaciones de la seducción que ejerce la capital francesa es que se encuentra en ella todas las facilidades para divertirse y tener aventuras sentimentales. La parisiense -cocotte, midinette, grisette, semi-mundana- parece encarnar en los primeros años del siglo a la Mujer, por su elegancia (del París de entonces, se lanza la moda al mundo entero), por su desenvoltura y su libertad en cuestiones amorosas. Ella es la que cristaliza todos los fantasmas masculinos. París es, para muchos, “investigar” en los barrios calientes, en los cabarets, en las salas de baile -como el famoso Bullier, descrito por García Sanchíz-. Lo que más llama la atención de los españoles es la libertad de costumbres de la gran ciudad, la falta de hipocresía, la independencia de sus mujeres, la despreocupación general y la ligereza en el trato entre ambos sexos. El beso en la calle es cosa corriente y, para los españoles, constituye un encanto más de París: “Se besaron. Al fin Rafael besaba en la calle y a pleno día a una mujer, como los demás privilegiados habitantes de París” (García Sanchíz, 1922: s.p.); “¿No te quieres acordar de aquel bullicio tan divertido de París durante el día y el silencio por la noche a orillas del Sena, cuando nos decidimos a besarlos en público, como hacían otros?” (Corpus Barga, 1985: 218).

La aventura vivida en París parece que tiene otro sabor, es el fruto prohibido que se puede disfrutar en un ambiente efusivo, afrodisíaco: “A los treinta y ocho años iba a correr su primera aventura, y esto no acontecía en un rincón del campo segoviano, ni en la Corte, sino en Francia, en París, centro del mundo, del lujo, del placer, de los amores”, escribe Claudio Frollo de su protagonista (1907: s.p.).

La parisiense, que tiene fama de ligera, personifica el encanto de la capital, en ella se juntan cualidades y defectos tan apreciados con sus mismas virtudes: “Alternativamente casta y lasciva, desgarrada como una chula y exquisita como una dama, los encantos múltiples en que se

envolvía me dejaban sin juicio” (Zamacois, 1923: 160). París, la “ciudad de los brazos abiertos” como la llaman entonces, se convierte, para los vividores extranjeros que la visitan en “ciudad de las piernas abiertas” (Gascó Contell, 1973: 13).

Más de un escritor reacciona contra esa imagen falseada de realidad parisina; se ha pintado tantas veces la capital francesa como la meca de todos los placeres y los vicios que muchos de los españoles que viven allí protestan contra esta visión, alegando que si París tiene esta fama, la debe principalmente a los extranjeros que lo visitan y que van a hacerse allí una cura de lascivia<sup>1</sup>

¿Qué representaba, pues, París a fines del siglo pasado y a primeros de éste para los intelectuales que lo visitaron entonces? ¿Qué es lo que buscaron en esta ciudad que no encontraron en Madrid?

En primer lugar, París aparece como la capital editorial del mundo. Por lo adelantada que estaba en materia de edición, París era para los españoles, portugueses y sobre todo hispanoamericanos una tierra de acogida y un lugar privilegiado para la edición. Todos los escritores buscaban el “honor” de ser publicados en París por las famosas editoriales Garnier, Bouret, Ollendorff, Michaud etc... La edición francesa, muy abierta a todo tipo de corriente en aquella época, supo promover una política comercial atrevida, favorable a todos los países extranjeros publicando todos los autores -afamados o noveles- que se lo proponían.

Pero el hechizo que producía París no se limitaba a simples cuestiones comerciales. Sus raíces son mucho más profundas. París fue, para muchos, antes que la meca de la edición, la capital universitaria- y esto desde la época del humanismo- donde se tenía que asistir a las clases de los Maestros de la Sorbona para poder ostentar el título de “intelectual” Por el número de estudiantes que acogía, la Sorbona se convirtió, a partir del siglo XVI, en la primera de las universidades europeas.

Al crearse, en 1913, el Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona, los intelectuales españoles manifiestan su júbilo. El día de la inauguración, Rafael Altamira, historiador y pedagogo, dio una conferencia en la que subrayó la trascendencia que tenía la creación de dicho centro en París, ya que fomentaría el conocimiento y la comprensión de la realidad hispánica y de la historia de la intelectualidad, no sólo en España, sino también en todos los países de habla hispánica: “Hay quien nos juzga al nivel de África, o poco menos [...] Al hablar desde las tribunas de la Sorbona, el mundo entero nos escucha” (*Mundial Magazine*, 1913: 1148).

La difusión de la cultura española queda así asegurada si se hace desde la capital de Francia. Ésta es la opinión general de todos los asistentes al acto inaugural y el comentarista de la revista *Mundial Magazine* corrobora las palabras de Rafael Altamira: “Y es cierto... La cátedra de París es la escuela del Universo, y ya era hora de que en esa cátedra se hicieran escuchar los hombres que en España tienen algo que decir” (*ibid.*). Lo que en el propio país tiene poca resonancia adquiere valor innegable cuando proviene de París. Eusebio Blasco, en una conferencia leída en el Ateneo de Madrid en 1896, ya señalaba este papel de difusor que tenía París:

---

1.- Por ejemplo El Caballero Audaz: “El que se lo figure (París) deslumbrante de luz, lleno de orgías, e invadido por la juer-ga, se equivoca. El francés, como tú sabes, tiene el hábito de acostarse a las diez de la noche. Desde esta hora, París queda en poder de los extranjeros, vigilados atentamente por la policía, a fin de que vayan vaciando su dinero en las “boîtes” de noche, lo más pronto y ordenadamente posible” (Caballero Audaz, 1926: 178).

*París, centro, depósito, almacén, exposición universal constante de cuanto allí y en otras partes se produce, tiene el privilegio de que sus habitantes se hagan oír inmediatamente en todo el mundo. Malo, bueno o mediano, lo que ha de hacerse popular en el mundo, sale de allí [...] París absorbe, recoge, refleja, copia o inventa, y de su seno parte cuanto habla a la imaginación, extendiéndose por tierra y mares a todas partes.* (Blasco, s.a: 19)

Lo que aprecian los literatos y periodistas españoles en París es una mayor libertad de expresión que en su país. El *Express* de París reconoce esta libertad: “Luis Bonafoux qui, dans le *Heraldo de París*, dont il est le directeur, raconte en France ce qu’il est défendu de dire en Espagne” (citado en el *Heraldo de París*, nº 11, 29 dic. 1900). Azorín también aprecia esta libertad: “En Francia, la crítica es libre y múltiple” (Azorín, 1921: III, 957)

## PARÍS, CAPITAL CULTURAL, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

París fue la capital cultural en la que se fraguaron todos los movimientos literarios y artísticos de la época que estudiamos: naturalismo y simbolismo a finales del siglo pasado y, a principios de éste, dadaísmo y surrealismo. Músicos y pintores encontraron en París un hervidero de ideas vanguardistas. El fauvismo y el cubismo nacieron allí, fruto de estas búsquedas artísticas y no se concibe la evolución de Picasso o la de Miró sin todos esos años pasados en el Montmartre y Montparnasse de entonces.

¿Qué iban a buscar a París todos estos artistas y escritores españoles e hispanoamericanos? Lo que les parecía que faltaba en su propia tierra y con lo que soñaban: un alimento intelectual. Cada uno encontraba en la capital francesa lo que iba persiguiendo: una forma, un equilibrio, una alteridad, un modelo, un descubrimiento que se injertaba casi siempre en su cultura propia, en sus lecturas anteriores. Pfo Baroja escribe:

*Es o era la ciudad cosmopolita más grande y más fácil de visitar para un español. Uno de los objetos principales de la visita y de la estancia allí era para mí darme cuenta de lo que podía ser un español ante el mundo europeo [...] Entonces era un pueblo pedagógico, al menos para un español.* (1945: III, 81)

París ofrece al visitante una extensa área de investigación, y éste es el principal motivo de los viajes de Baroja que no iba a París “sino para tener un punto de observación más ancho y más internacional que el nuestro” (*id*:82).

Eugenio d’Ors declara que va a París a ver “cosas”<sup>2</sup>. París es para él un centro donde se puede aprender, donde se puede adquirir una experiencia que le revelará el sentido de la vida. Es una apertura hacia el mundo europeo, es otro sentir que supone un enriquecimiento de la personalidad. Francia es, para él, un país donde podrá aprender la regularidad, el equilibrio, la proporción, la armonía. Representa, como dice Gascó Contell una “vaste patrie universelle de la pensée et de l’esprit” (Gascó Contell, 1945: 22).

A Unamuno que en París sólo sueña con Gredos, Blasco Ibáñez le declara que se encuentra en el “centro de la civilización”, en el “corazón del mundo” (Corpus Barga, 1986, IV: 315)

---

2.- “Jo me’n vaig a París.- Parteixo, ab tota l’alegria. -¡Me’n vaig a veure coses! -¡Me’n vaig a veure coses! ¡Veure coses!  
Aquesta és la gran Universitat dels homes nous; i el mal de no haver passat per ella, devé, a certa edat, irremeyable” (1907: 329).

Azorín, francófilo declarado, escribe que “vivir aquí, en el centro espiritual del planeta, en el centro de la ciudad más bella del mundo, es una delicia. Vivir aquí es vivir siete veces más que los otros mortales” (Azorín, 1921: XXII, 119).

Pérez Galdós busca en Francia modelos culturales: “Dans l’ordre de la culture générale, l’Espagne se trouve, vis-à-vis de la France, dans la situation d’un enfant qui est encore en train de s’assimiler (sic) les premières notions du savoir. Il nous faut travailler beaucoup, mais beaucoup, beaucoup pour nous mettre au niveau de la nation voisine (1914-15: 19-20). Y Pérez Galdós insiste en lo que los españoles pueden retener de Francia: no la superficialidad y la friolidad de la civilización francesa, sino las nociones de responsabilidad y razón.

## EL PARÍS SOÑADO A TRAVÉS DE LAS LECTURAS.

Los españoles que llegan a París tienen la mente nutrida de sus lecturas de los “clásicos” franceses y de los modernos. El libro francés penetra fácilmente en España. Es natural que, después de haber leído tantas novelas francesas, uno sienta el deseo de comprobar, in situ, las impresiones que ha experimentado con la descripción de los lugares donde se desarrolla la acción de sus novelas preferidas.

Baroja llega a París con la idea de ver, en la ciudad, la imagen de los libros y folletines que ha leído; sus tres primeros viajes denotan este deseo:

*Estas tres etapas fueron para mí como quien lee un folletín en tres tomos. Después, ya no fui a París con objeto histórico o folletinesco, sino unas veces de paso o para ver a alguien. En aquella primera estancia mía, quise ver a París como quien se pone a leer Los Miserables o las hazañas de Rocambole. (1945: 137)*

En su primer viaje (1899), se dedica a andar quilómetros y quilómetros por la calles de París, viviendo recuerdos históricos y literarios:

*Vi también la casa donde vivía la hermana de Marat [...], el sitio en que murió la señorita de Robespierre [...] Cerca estaba la Cour de Commerce donde vivieron Danton y Camilo Desmoulins [...] Busqué con curiosidad la calle Plumet, que aparece en Los Miserables y en Los Mohicanos de París y tardé en averiguar que había cambiado de nombre y se llamaba calle Oudinot. (id:114)*

Uno de los personajes de una novela corta de Federico García Sanchíz, hablando sin duda por el autor, dice:

*Cuando yo llegué a París, recuerdo que me pasé los quince primeros días en una borrachera de entusiasmo... (Eso de ir “controlando” mis lecturas que me familiarizaron con París antes de haberlo visto!... A veces cerraba los ojos y respiraba hondo, y creía oler el paso de Víctor Hugo, por ejemplo... Víctor Hugo había respirado el mismo aire que yo... Me estremecía todo al pensar, de repente, que estaba en París. (1922: s.p.)*

París, reflejo de las lecturas, es el sueño, o quizás “el complejo” de muchos escritores de lengua hispana:

*Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones, rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo era la capital del Amor, el reino del Ensueño. (Darío, 1950-1955, I: 69)*

¿Por qué todos los visitantes de París, sin excepción, desean visitar el Barrio Latino? En él, a fines del siglo pasado, impera Verlaine, con todo su cortejo de poetas y bohemios. Si

Verlaine no es muy conocido todavía en España, Rubén Darío está embebido de sus poemas, y su mayor ilusión, al llegar a París, es poder ser presentado al *fauno*. El deseo de encontrar a los escritores tantas veces leídos entra, en buena parte, en las razones de los viajes a París de algunos. Sin conocer París, ya se sueña:

*Irámos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès... Oiríamos a Renan, en la Sorbona, y trataríamos de ser asiduos contertulios de Madame Adam; y escribiríamos libros franceses, eso sí...* (Darío, 1950-1955, II: 163)

Tales son los sueños de Rubén Darío -anteriores a su primer viaje a París- en Santiago de Chile.

Otra de las lecturas que influyó mucho en todos los emigrados a París fue el libro de Henri Mürger, *Escenas de la vida bohemia*, publicado a partir de 1847 en folletines que, en vista del gran éxito, se reunieron para formar un libro que se difundió con rapidez y con la popularidad que alcanzó la obra lírica, se dió a conocer por el viejo y nuevo continente en distintas traducciones.

## PARÍS COMPARADO CON MADRID.

Las alabanzas prodigadas a París vienen, generalmente, acompañadas de una comparación con Madrid. María Martínez Sierra observa que si Madrid, después de la guerra había cambiado gracias al dinero que había ganado, al ser neutral, como proveedora de las naciones beligerantes, “en 1905 aún no pasaba mucho de ser lo que alguien ha llamado un *lugarón manchego*.” Fuera de algunas calles y plazas, “la Villa y Corte de Madrid no tenía grandes atractivos urbanos: las calles eran estrechas, sucias y mal empedradas; las tiendas, mezquinas, con escaparates pequeños y mal arreglados; los cafés, si animados porque los madrileños tenían el vicio de pasarse en ellos la mitad de la vida, sucios también; los mercados, infectos; el alumbrado público, nada deslumbrante; los teatros, incómodos; los medios de transporte, anticuados.” Lo único positivo que todos los españoles afincados en París añoran es el sol: “Su cielo y su luz clara le daban, en verdad, alegría ambiente, y el aroma del café que los tenderos de comestibles tenían costumbre de tostar por las mañanitas en plena calle le prestaba cierto regusto ultramarino y tropical que hacía soñar... con embarcarse rumbo a las perdidas colonias” (1953: 180-181). La mentalidad general del país era de decaimiento, España vivía vuelta hacia el pasado.

*Yo, española, joven, ambiciosa a mi modo, venía de un país decaído, derrocado de todos sus pretéritos orgullos, que en aquella hora vivía malamente y daba a sus hijos pan escaso y amargo, a costa de un trabajo esporádico sin orden ni concierto. (id: 204)*

Constrastando con Madrid, la “Ciudad-Luz” le ofrece a los Martínez Sierra: “Perspectivas urbanas incomparables, museos, bellos edificios, recuerdos del pasado, reunión en el presente de cuanto los demás países van creando en arte y en belleza, ya que ningún artista ni artífice del mundo cree del todo en su propio valer mientras no ha recibido el visto bueno de París. Decíase entonces: “París es el corazón del mundo” Con más exactitud hubiera podido afirmarse: “París es la feria del mundo”A (id: 186).

Eduardo Zamacois corrobora la opinión de María Martínez Sierra sobre Madrid: “En aquella época, Madrid, empero su medio millón de habitantes, no pasaba de ser un pueblo grande; un poblachón sedentario, sin turistas, sin inquietudes renovadoras, donde todos -y ése era su encanto- nos conocíamos más o menos” (1969:184).

En cambio, París es para Zamacois, la personificación de la cultura, por sus museos, y también de la mujer y de los placeres materiales de la vida. Le hechiza el París inconsistente, ligero y alegre, burbujeante como una copa de champán, el París donde la monotonía y el aburrimiento son palabras desprovistas de significación:

*Era París, la Ciudad Sol, tan espiritual en el sagrado recogimiento de sus museos, como orgiástica en sus noches de Montmartre, la que me comunicaba aquella inquietud abierta a todas las curiosidades. El París que, con su cosmopolitismo y la amable holgura de sus costumbres [...]. El París loco, chismoso y burlón, adorador de lo extravagante [...]. Lutecia vivía entonces su "edad de oro", y su ambiente liviano, lleno de las sonrisas de Voltaire y de France, le quitaba a los sucesos más turbios su ingrata gravedad. Como si observase la realidad a través de una copa de ajeno, París era dichoso. A cada momento se producía un escándalo que el público sorprendido agradablemente, comentaba y olvidaba en seguida. (id: 133)*

En otro libro, Zamacois habla de un Madrid "tristón y retardatario" (1923: 84)

*En nuestra tierra se vive mal: aquí las casas son incómodas y las gentes tienen brusco el trato. España es triste, profundamente triste... y este mal nace de la beatería de nuestras costumbres, y de nuestro concepto mahometano del amor; por eso en ningún país se desprecia tanto a la mujer que "cae" - digámoslo usando la fórmula bárbara- como en España; y así, por herencia, no hay mujeres menos accesibles al amor, ni tampoco, más fieles, que las españolas. Bajo nuestro cielo, hijo mío, cuente lo que quiera la leyenda, el amor no es una alegría, no es una sonrisa; es... ¡una cadena! (id: 141)*

Monotonía, aburrimiento hacen que los aventureros deseen salir de un ambiente de adormecimiento.

*Nuestra vida nacional - dice otro personaje de la misma novela- es gris, tediosa, raquíca... ¡No puedo aguantarla! ¡Aquí jamás ocurre nada interesante!... Todos vestimos igual, y a las mismas horas decimos las mismas tonterías. Estamos caquéticos; no comemos, no sabemos reír... ¡Pobre país decrepito en donde las cosas que Dios no haga personalmente se quedan sin hacer!... Una tarde de agosto, abulando bajo el bochorno de la siesta por las calles mudas de Córdoba, vi lo siguiente: junto a una esquina, sobre la cual triunfaba un cartel de toros, un ciego mendigo, sentado en el suelo, tañía una guitarra. Pasó un fraile lucio, rojo y descalzo. ¡Síntesis admirable!... En el recogimiento fatalista de la ciudad, aquel anuncio de nuestra "fiesta nacional"; aquel pordiosero; aquel fraile orondo y triunfal... "¡España!... -pensé- Pero... ¿qué más puedo decirte? Observa nuestra vida política. ¿Qué hacen nuestros políticos?... Nada: duermen... hablan... Nuestro Parlamento es inútil, y buena parte de su inutilidad la atribuyo a influencias misteriosas del paraje donde está enclavado. Nuestro Congreso ocupa, precisamente, el lugar en donde, a principios del siglo XV, estuvo la primera plaza de toros que hubo en Madrid. ¿Cómo negar que hay sitios predestinados a hacernos perder el tiempo? (id: 147-148)*

Luis Bonafoux tiene una opinión parecida: "En la patria no se puede vivir, porque la patria es una madre infeliz, consumida por la anemia, que amortaja en su regazo a los hijos hambrientos... [...] por eso, mientras subsista tal estado de cosas, los artistas harán en España lo único que, por desgracia, hay que hacer allí: la maleta" (1908: 123).

Pero, como los demás, también siente nostalgia: "Mucho me gusta París, pero, francamente, ese parduzco toledo, que aquí se figuran que es cielo, predispone a grandes tristezas. Para vivir yo, necesito sol, mucho sol y ambiente de azul sereno y limpio" (1902: s.p.).

Este mismo clima de París que deprime a tantos españoles afincados allí, tiene el efecto contrario en Gregorio Martínez Sierra; María, su mujer, intenta explicar así el flechazo que sintió Gregorio por París:



*El aire brumoso de París tuvo indudablemente afinidad misteriosa con su pesimismo, y gris con gris, no sé merced a qué desconocida alquimia, se engendraban en su pensamiento las exaltaciones necesarias a su bienestar interior. Hubiérase dicho que en París algún buen genio quitaba de sus hombros la carga de la vida.* (1953: 186)

Sin embargo, ella no se deja seducir ciegamente por París:

*París, ni entonces ni después logró robarme el alma. No va con mi espíritu el de Lutecia [...] su misma ruidosa agitación de compraventa universal abate mi espíritu produciéndome ese indefinible malestar -dolor de muelas en el corazón- que los franceses llaman cafard, y sus grises crepúsculos me dan melancolía.* (id: 187)

Pero reconoce que para ella es el mejor sitio para poder trabajar; esta misma atmósfera que no permite más distracción que la de oír caer la lluvia horas y horas sobre los cristales de la ventana de la habitación incita al trabajo.

Otra de las cualidades de París, según María, es que *deja vivir*. Un parisiense, a primeros del siglo, no se extraña de nada ni de nadie y sigue su propio camino sin molestar ni meterse en la vida de los demás. María pasa desapercibida entre la muchedumbre de París y la indiferencia, por parte de los hombres, no tiene precio para ella. Acostumbrada a la insistencia con que los hombres, en España, siguen con la mirada a cualquier mujer, detallando con la vista sus encantos físicos visibles y calculando los ocultos, María agradece mucho que, en cualquier sitio donde se encuentre, los hombres hagan como si no existiese. Comentando esto con un amigo suyo de Madrid, éste le proporciona una explicación personal:

*Los franceses, como tienen en casa cuanto necesitan y acaso más de lo que necesitan para satisfacer su apetito sensual, no reparan en el mujerío transeúnte, mientras los infelices españoles, como por infinitas causas sociales y económicas siempre están hambrientos o por lo menos a media ración, no pueden menos de mirar con codicia todo posible bocado que pasa.* (id: 190)

“Es posible”, añade María. Sea por una razón o por otra, el resultado es éste: puede trabajar y vivir en paz en París, aunque esté sola (Gregorio interrumpe su estancia en el extranjero para volver de vez en cuando a Madrid). Y María puede afirmar, en una carta a su madre: “París es el ideal para una mujer decente” (id: 190), opinión que contrasta con todos los prejuicios y clichés de la época.

Unamuno es, entre los visitantes de París, un caso aparte. París no le deslumbró en su primera visita (1889); analizando los recuerdos de entonces, se pregunta: “¿Es que de veras pasé por París? ¿Es que París pasó por mí?” (1966: 605). Años más tarde, exiliado durante la dictadura de Primo de Rivera, sigue negándole todo encanto. Su habitación de hotel le parece una jaula, nada posee atractivo para él. Ni aun desde lo alto de la torre Eiffel -observa Unamuno con resentimiento- se divisa el mar<sup>3</sup> o el desierto, o la montaña, o la selva. Lo único que se ve es la mano del hombre, lo percedero, y exclama: “¿sáquenme de esto, déjenme respirar eternidad!” (id: 623).

En cuanto al bosque de Boulogne, tampoco goza de su favor: bosque domesticado por el hombre, no tiene nada de selva. El cementerio del Père Lachaise no es más que “un bosque de pequeños y, la mayor parte de ellos, mezquinos mausoleos”, allí se ve todo menos la majestad de la muerte, “carece de grandeza” (id: 625).

---

3.- Unamuno escribe en la glosa del soneto LXXIII: “Lo que más echo de menos aquí, en París, es la visión del mar. Del mar que me ha enseñado otra cara de Dios y otra cara de España, del mar que ha dado nuevas raíces a mi cristiandad y a mi españolidad” (1925: 118).

En París todo le parece artificial, sórdido; la circulación de los tranvías y coches le marea, la muchedumbre que se apresura en los bulevares le produce tristeza, y los “sumideros” del metro le hacen exclamar: “¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!” (id: 628). Aborrece sus anuncios, las “hórridas estaciones soterrañas” (id: 634) y hasta el brillo de los baldosines que forma su bóveda.

Tampoco los museos son de su agrado, “esos cementerios del arte” donde las obras “huelan a cadáver”, no le producen más que fatiga y mareo (id: 632). No se salva ni el famoso Louvre. Mirando la neblina otoñal en el Arco de Triunfo, descubre “que el cielo, aquí, no es más que un charco” (Unamuno, 1925: LXXVIII).

Las calles y los bulevares, tan celebrados por todos los visitantes, no tienen ningún encanto; la prensa francesa “es una terrible cocina” No hay, en la opinión de Unamuno, “nada más banal, nada más igualitario y nivelador de la inteligencia, nada de más lugar común y más frase hecha” que ella (Unamuno, 1966: 630).

Lo único que le agrada es la Plaza de los Vosgos: “Me enternecí al entrar en ella” (id: 626). No porque evoque para él la epopeya de Víctor Hugo, sino porque le recuerda las Plazas Mayores de España: la de Salamanca, la de Madrid, la de Bilbao. Y aun así la comparación no está a favor de esta joya arquitectónica que es la plaza parisina. El papel de París, Ville-Lumière, es únicamente el de iluminar los tiempos pretéritos.

No sólo los monumentos, los museos, el cielo le disgustaban a Unamuno porque subrayaban la ausencia de su patria, sino que en los mínimos detalles triviales de la vida cotidiana encontraba defectos a la vida en París. Escribe Carlos Esplá:

*La inadaptación de Unamuno a la vida de París fue en todo momento completa. Inadaptación a los lugares, a los hombres y a las cosas. Inadaptación espiritual y física. (1961: 140)*

Tampoco los hombres de Francia atrajeron a Unamuno. Si hacemos el recuento de los escritores franceses amigos de Unamuno: Camille Pitollot, Maurice Legendre, Jacques Chevalier, Marcel Bataillon, Jean Cassou, vemos que se trata exclusivamente de profesores hispanistas que Unamuno conoció primero por carta, y con los que tuvo contacto más que nada en su propia tierra. Su relación más amistosa fue con Jean Cassou, su traductor y, en cierto modo, paisano suy<sup>4</sup> por eso mismo, quizá se sintiera más en armonía con él.

¿Qué representó, pues, París para Unamuno en estos trece meses que pasó allí? Se podría decir que París fue casi únicamente, para él, el disparador de evocaciones de su patria. París no tuvo vida propia, sólo existió como elemento de comparación que, por contraste, permitía ensalzar lo propio. Parece, pues, que también esta vez -a pesar de algunas amistades hechas allí- París, en cuanto a ciudad específica, resbaló sobre Unamuno. ¿Qué le ha aportado? Una visión más profunda de su propia tierra. En París ha estado soñando con Fuerteventura, con su tierra natal, con Salamanca: “Aquí, en París, donde no hay montaña, ni páramo, ni mar, aquí he madurado la experiencia religiosa y patriótica de Fuerteventura” (1925: pról.).

## EN CONCLUSIÓN.

París, durante los últimos años del siglo pasado y el primer cuarto de éste, fue una ciudad con un poder de atracción único. Hacia ella convergía todo lo que había en el mundo de culto y

---

4.- Jean Cassou, de madre española y padre francés había nacido en Deusto.

artista. Era la encrucijada de todas las naciones y el crisol donde se elaboraban los movimientos artísticos que revolucionaron el mundo. Allí se permitían todas las extravagancias, todos los desbordamientos, tanto en el orden intelectual como físico. Las nuevas corrientes literarias y artísticas penetraron en España gracias a los españoles que vivieron algún tiempo en París: Alejandro Sawa, los Machado (sobre todo Manuel que declara: “En aquel tiempo pasé los mejores años de mi juventud”<sup>5</sup> y, un poco más tarde, Ramón Gómez de la Serna, Eugenio d’Ors, Pedro Salinas, Jorge Guillén París “segunda patria de todo ser inteligente, como se acostumbraba decir entonces” (Martínez Sierra, 1953:179), “la capital del mundo civilizado” (Anónimo, 1904: s.p.), París, del “maternal regazo” (Nervo, 1913: s.p.), París “nos ha nutrido a todos espiritualmente, y París nos ha enseñado a todos, y París ha sido nuestra verdadera *alma mater*, la Oxford o la Salamanca de los autodidactos” (González Blanco, 1913), París donde había un “clima de delicia, de “esprit” y de “bagatelle”, esa palabra tan netamente parisiense y, al mismo tiempo, había profundidad, anchura y cierta humana y emocionante trascendencia en las cosas” (González Ruano, 1949: 199). Cada generación de españoles ha tenido “su” París, diferente en cada época: el de la Belle Époque, el París de la guerra, y el de los “Années folles”, con su apogeo en 1925. Al terminar estos “años locos” en 1930, el París de 1900 queda lejos, pero no olvidado en la mente de los nostálgicos que siguen soñando y recordando su juventud bohemia. Citaremos como conclusión a este estudio el análisis muy perspicaz de Pedro Salinas sobre el llamado “complejo de París”:

*Esa atracción, compuesta de múltiples y variados resplandores, que París ha estado ejerciendo más de un siglo sobre las mocedades de millares de artistas, desde Rusia a la Argentina. Complejo de vida suelta y fácil, de escolaridad en las mejores artes bellas, tanto la ganada en las aulas como respirada en el aire, apenas si pisan las márgenes del Sena. Libertad, la de la bohemia, sobreviviéndose a sí misma, en mil formas, en el Quartier, o en el Monte de Marte, o en el Monte del Parnaso; y disciplina, días duros y difíciles, aprendizaje lento, en busca de la gloria, que sólo las mismas manos augustas de Lutecia pueden poner algún día en la frente. Luz de París, que quema y acaba a los débiles, por millones, como mariposas; que ilumina y dirige a los fuertes a su obra. Luz con haces de sensualidad desatada, con haces de severo rigor intelectual, que exige todas las dedicaciones. Se brindan las embriagueces someras en lugares de potación de todos los precios, en la terraza del d’Harcourt, o en los salones reservados del Café de París. Y, recatadas, pero siempre ofrecidas, están las otras embriagueces profundas, las de la inteligencia; Pascal en los pensamientos, por veinticinco céntimos, en el bouquiniste; Racine, en las representaciones baratas del Français; Bergson, profesando desde su cátedra de la Rue des Écoles; París, grande porque tiene para todos, porque nos contesta a los mejores y a los peores apetitos, París el humano. (Salinas, 1983: 28)*

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- ANÓNIMO (1904) “Discusión de la Habana”, *Heraldo de París*, nº 62 (15 enero 1904)
- AZORÍN (1921) *Obras completas*, Madrid, Caro Raggio
- BAROJA, P. (1945) *Desde la última vuelta del camino*, vol III: *Final del siglo XIX y principios del XX*, Madrid, Biblioteca Nueva.

---

5.- Artículo de la Voz de Madrid, citado por Gayton (1975: 31)

- BLASCO, E. (s.a.) *Obras Completas. T. XIX: Cosas de Francia*. Segunda Ed. Madrid, Lib. Ed. Leopoldo Martínez.
- BLASCO IBÁÑEZ, V. (s.a.) “Préface” in Jolicler, Eugène: *L’Espagne vivante*, Paris. Pierre Roger et Cie ed.
- BONAFUOX, L. (1902) “Conversación con Lerroux” In *El Heraldo de París*, n1 49, 26 Ab. 1902.
- BONAFUOX, L. (1908) *Bombos y palos*, París, Sdad. de Ediciones Literarias y Artísticas Paul Ollendorff.
- CARRETERO Y NOVILLO, J. M. (CABALLERO AUDAZ) (1926) *¡París... La ciudad de los brazos abiertos!*, Madrid, Renacimiento.
- CORPUS BARGA (1985-86) *Los pasos contados. Una vida española a caballo en dos siglos (1887-1957)*: vol. III *Las delicias*, vol. IV *Los galgos verdugos*, Barcelona, Bruguera.
- DARÍO, R. (1950-55) *Obras Completas*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- FROLLO, C. (1907) “Cómo murió Arriaga” in *El cuento semanal*, n° 37, año I.
- ESPLÁ, C. (1961) “Nostalgia de Unamuno en el desierto” In *La Torre*, vol. IX, n° 35-36, San Juan de Puerto Rico.
- FISCHER HUBERT, D. (1995) *El libro español en París a comienzos del siglo XX. Escritores y traductores*, Tesis doctoral imp. Micropublicaciones ETD (1998) (Universidad Rovira i Virgili, Tarragona).
- GARCÍA SANCHÍZ, F. (1922) *Barrio Latino*, Madrid, La Novela Corta n° 334, año VII
- GASCÓ CONTELL, E. (1945) *Causerie espagnole*, Montpellier, Aristide Quillet ed.
- GASCÓ CONTELL, E. (1973) *París, cuando yo era viejo*, Madrid, Organización editorial Sala.
- GAYTON, G. (1975) *Manuel Machado y los poetas simbolistas*, Edit. Bello (Biblioteca Filológica).
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1913) “Los poetas de América”, *Revista de América*, año II, vol. III, sept.
- GONZÁLEZ RUANO, C. (1949) *Cita con el pasado*, Barcelona, Edit. Exito.
- MARTÍNEZ SIERRA, M. (1953) *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, México, Biografías Gandesas.
- MUNDIAL MAGAZINE (1913) Artículo anónimo “El Centro de estudios Franco-Hispanos en París” In *Mundial Magazine*, Año II, vol VI, n° 24 (Director: Rubén Darío).
- NERVO, A. (1913) “Bendición a Francia”, *Elegancias*, n° 28.
- ORS, E. D’ (1907) *Glosari. Al viure de París. Primavera estiu de 1906*, Barcelona.
- PÉREZ GALDÓS (1914-1915) in *Pages d’Histoire 1914-1915, n° 76, Voix espagnoles*, Paris, Lib. militaire Berger-Levrault.
- RAMÍREZ ANGEL, E. (1923) “Amores de París” in *La Novela Corta* n° 382, Año VIII.
- SALINAS, P. (1983) *Ensayos completos, II*, Madrid, Taurus, Pérsiles 145.
- UNAMUNO, M. DE (1925) *De Fuerteventura a París. Diario de confinamiento y destierro vertido en sonetos*, París, Excelsior.

UNAMUNO, M. DE (1966) *Obras completas*, tomo VIII: *Autobiografía y recuerdos personales*, Madrid, Escelicer.

VINARDELL ROIG, A. (1902) *España en París*, Barcelona, Antonio López editor.

ZAMACOIS, E. (1923) *Una vida extraordinaria*, Madrid, Renacimiento.

ZAMACOIS, E. (1969) *Un hombre que se va*, Buenos Aires, Rueda ed.

